imparcialmente entre las diferentes naciones de ambos hemisferios las aguas pluviales y las claras y ardientes miradas del rey de los astros. ¿Cuál habria sido la desventura de la mitad del globo, si yo hubiese circunscrito las nubes á regiones particulares, ó desterrado el sol á uno de los dos lados del ecuador?»

CAPÍTULO XLII.

Explánase y justifícase la opinion del astrónomo.

Supongo que á pesar de la oscuridad de la habitacion, el astrónomo notó en mí algunas señales de asombro y de duda, porque despues de una breve pausa prosiguió de esta manera:

—«El no ser fácilmente creido no me sorprenderá ni ofenderá nunca, pues segun toda probabilidad, soy el primero de los hombres á quien se ha conferido tal empleo. Ni siquiera sé si distincion semejante es una gracia ó un castigo, pues mientras la he obtenido, mi felicidad ha sido mucho menor que antes, y solo el sentimiento de la buena intencion me hubiera permitido soportar la pesadez de una vigilancia contínua.»

—«¿Cuánto tiempo hace, le pregunté, que ejerceis tal empleo?»

—«Hace unos diez años, me contestó, que mis diarias

observaciones de los cambios de la esfera me inducian á considerar que si yo hubiese tenido el mando de las estaciones, habria podido derramar mayor abundancia sobre los habitantes de la tierra. Esta consideracion se apoderaba de mi mente, y permanecia dia y noche en un imperio imaginario, haciendo caer sobre este y aquel país lluvias benéficas, y secundándolas con una conveniente claridad de sol. No tenia mas que la voluntad de hacer bien, y no creia que tuviese la facultad de ejercerlo siempre.

«Cierto dia, mientras contemplaba los campos quemados por el calor, sentíme dominado repentinamente por el deseo de hacer llover sobre las montañas del Mediodía, y de hacer salir de madre el Nilo. Arrebatado por mi imaginacion, mandé que lloviese, y calculando el tiempo trascurrido desde que dí la órden hasta el de la inundacion, deduje que las nubes habian oido mis palabras.»

—«¿No podia otra causa producir esa coincidencia? le dije; el Nilo no se desborda siempre en el mismo dia.»

—«No creas, me contestó impaciente, que se me ocultasen tales objeciones: razoné largo tiempo contra mi propia conviccion, luché obstinadamente con la verdad. A veces me tuve por loco, y no me habria atrevido á confiar este secreto sino á un hombre como tú, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible, y lo increible de lo falso.»

—«Pero ¿por qué, señor, le dije, llamais increible lo que sabeis ó creeis saber que es verdad?»

—« Porque no puedo probarlo con una evidencia exterior, me contestó; y sé muy bien las reglas de la demostracion, para figurarme que mi convencimiento ha de influir en otro que no puede persuadirse como yo de su fuerza. Por eso no intento merecer crédito á fuer de controversista; á mí me basta conocer la facultad que há tanto tiempo tengo, y que cada dia he ejercido. Pero la vida del hombre es breve, los achaques de la edad me agobian, y pronto vendrá la hora en que el regulador del año deberá confundirse con el polvo. Ha tiempo que me aguija el cuidado de nombrar un sucesor; he pasado muchos dias y noches comparando el carácter de todos los hombres con quienes he trabado conocimiento, y aun no he hallado uno tan digno como tú. »

CAPÍTULO XLIII.

El astrónomo cede su cargo á Imlac.

« Escucha, pues, con la atencion que la prosperidad de todo un mundo reclama, lo que voy á comunicarte. Si se tiene por difícil la obligacion de un rey que á su cuidado tiene solamente unos cuantos millones de almas, á quienes no puede hacer mucho bien ó mal, ¡cuál ha de ser la ansiedad de aquel de quien depende la accion de los elementos y los grandes bienes de la luz y del calor!—Óyeme pues con atencion.

«He considerado afanosamente la posicion de la tierra y del sol, y formado innumerables planes en que cambiaba su situacion. A veces he colocado en otro punto el eje de la tierra, y á veces variado la eclíptica del sol; mas he hallado imposible combinar una disposicion que mejorara el mundo; lo que una region gana, otra region pierde por algun cambio imaginable, aun sin tener en cuenta los puntos distantes del sistema solar, de que no tenemos conocimiento. Por lo tanto, cuando rijas el año no halagues tu orgullo haciendo innovaciones; no te complazcas en creer que puedes adquirir celebridad en las edades futuras, desconcertando las estaciones. La memoria de un daño no es fama digna de ambicion. No te dejes tampoco dominar por el amor ó el interés: nunca prives de la lluvia á otros países para derramarla sobre el tuyo. A nosotros nos basta el Nilo. »

Prometíle que cuando yo tuviese tal poder, usaria de él con inflexible integridad; y se despidió de mí estrechándome la mano.

—« Ahora mi corazon queda tranquilo, me dijo, y no tendré que arrepentirme de mi benevolencia, pues he hallado á un hombre sabio y virtuoso á quien trasmito gustosamente la herencia del sol. »

El príncipe oyó ese relato con grave atencion; pero la princesa se sonrió y Pekuah prorumpió en una carcajada.

—Señoras, dijo Imlac, burlarse de la mas triste calamidad humana, no es caritativo ni discreto. Pocos adquieren la

sabiduría de ese hombre, y pocos practican sus virtudes; pero todos pueden sufrir su desgracia. De las incertidumbres de nuestro actual estado, la mas temible y alarmante es la de la continuidad del juicio.

La princesa volvió en sí, y la favorita quedó confusa. Raselas, mas profundamente afectado, preguntó á Imlac si creia frecuentes tales enfermedades de la mente, y cómo se contraian.

CAPÍTULO XLIV.

Peligroso dominio de la imaginacion.

—Los desórdenes intelectuales, contestó Imlac, acontecen mucho mas á menudo de lo que se figuran los observadores desatentos. Hablando con rigurosa exactitud, quizá ninguna persona se halla en su cabal juicio. No hay hombre alguno cuya imaginacion no predomine á veces sobre su razon; que pueda obrar libremente á su arbitrio, y cuyas ideas vengan y partan segun su voluntad. No hay hombre alguno en cuya mente no imperen á veces vanos pensamientos que le obligan á esperar ó temer, traspasando los límites de la sana probabilidad. Todo el poder de la imaginacion sobre el juicio es un grado de locura; pero mientras no es dado gobernarlo y reprimirlo, ese poder no es visible para los demás, ni considerado como una depravacion de las facultades mentales:

no es locura declarada, sino cuando se vuelve incorregible y reina sobre las palabras ó las acciones.

Favorecer el poder de la ficcion, y lanzar la imaginacion al espacio, es con frecuencia el pasatiempo de los que se complacen demasiado en las meditaciones silenciosas. Cuando nos hallamos solos, no siempre estamos ocupados; el trabajo de pensar es muy violento para durar demasiado, y el ardor de la investigacion conduce á veces á la negligencia, ó á la saciedad. El que no tiene objetos externos que le distraigan, se goza en sus propios pensamientos y concíbese á sí mismo tal como no es; pues ¿quién vive satisfecho de lo que verdaderamente es? Entonces se espacia en un futuro sin límites, y de todas las condiciones imaginables, escoge la que por de pronto cumpliria mas á sus deseos, los entretiene con fruiciones imposibles, y atribuye á su orgullo un imperio inasequible. La mente vaga de escena en escena, reune todos los placeres en mil combinaciones, y embriágase con las delicias que ni la naturaleza ni la fortuna pueden ofrecer, á pesar de toda su munificencia.

Con el tiempo, la atencion se fija en alguna série particular de ideas, y son rechazados los demás deleites intelectuales. El alma, hastiada ú ociosa, recurre constantemente á su concepcion favorita, y bebe en la copa de deliciosas mentiras, siempre que la ofende la amargura de la verdad. El dominio de la imaginacion se afianza progresivamente; primer corece imperioso, y luego despótico. Entonces las fic-

ciones comienzan á obrar como realidades, las opiniones falsas avasallan la mente, y la vida corre envuelta en sueños arrebatados de alegría ó dolor.

Ese, señor, es uno de los peligros de la soledad, que el ermitaño ha confesado no promover siempre el bien, y que la desgracia del astrónomo ha probado no ser siempre propicia á la sabiduría.

— De hoy mas, dejaré de imaginarme reina de Abisinia, dijo Pekuah. Con frecuencia he pasado las horas que la princesa deja á mi disposicion, ajustando ceremonias y arreglando la corte; reprimido la soberbia del poderoso y accedido á las demandas del pobre; edificado nuevos palacios en sitios mas amenos; plantado alamedas en las cumbres de los montes, y gozádome en la munificencia de la real majestad, hasta el extremo de dejar de inclinarme ante la princesa, cuando ella me sorprende en tal distraccion.

— Por mi parte, dijo Nekayah, ya no me permitiré representar á las zagalas cuando sueño despierta. A menudo he regalado mis pensamientos con la tranquilidad é inocencia de los pasatiempos pastoriles, hasta el punto de creer oir en mi gabinete el gemido de los céfiros y el balido de las ovejas: ora he libertado el corderillo enredado en las malezas, ora acometido con mi cayado al lobo. Tengo un vestido como el de las aldeanas, y me lo pongo para dar alas á mi imaginacion; tambien tengo un caramillo que toco dulcemente, y me figuro que mis ganados me siguen.

— Confieso, dijo el príncipe, que me siento halagado por una delicia fantástica, mas peligrosa que las vuestras. Frecuentemente he procurado imaginar la posibilidad de un gobierno perfecto con que atajar toda injusticia, reformar todo vicio, y conservar la sencillez y la tranquilidad entre los súbditos. Este pensamiento origina infinitos planes de reforma, y dicta muchos reglamentos útiles y edictos saludables. Este ha sido mi entretenimiento y á veces mi trabajo en la soledad, y me estremezco al pensar con cuán poco sentimiento supuse un dia la muerte de mi padre y de mis hermanos.

— Tales son los efectos de quiméricos designios, contestó Imlac. Al formarlos vemos desde luego su absurdo: pero nos familiarizamos insensiblemente con ellos, y con el tiempo perdemos de vista su extravagancia.

CAPÍTULO XLV.

Conversacion con un anciano.

La noche estaba muy adelantada, y se levantaron para volver á su casa. Al pasar por las márgenes del Nilo contemplando los rayos de la luna que en las aguas rielaban, vieron á corta distancia un anciano á quien el príncipe habia oido muchas veces en el congreso de los sabios.

— Hé aquí un hombre, dijo, cuyos años le han calmado

las pasiones, pero no robado la inteligencia: coronemos las disquisiciones de esta noche, inquiriendo lo que piensa sobre su estado, para saber si solamente la juventud debe luchar y sufrir, y si para la última edad de la vida queda alguna esperanza mejor.

Acercóse el anciano y les saludó. Invitáronle á seguir juntos el camino, y hablaron por algun tiempo como conocidos que se habian encontrado casualmente. El anciano era placentero y locuaz, y en su compañía el camino parecia corto. Alegróse de no verse desdeñado, acompañóles á su casa, y á ruegos del príncipe tambien entró en ella. Hiciéronle ocupar el sitio de honor, y le presentaron vino y conservas.

— Señor, le dijo la princesa, á un hombre como tú, un paseo nocturno debe causarle placeres que la ignorancia y la juventud apenas pueden concebir. Tú conoces las cualidades y causas de todo lo que miras, las leyes que hacen manar los rios, los períodos en que los planetas ejecutan sus revoluciones. Todas las cosas deben excitar tu consideracion y robustecer la conviccion de tu propia dignidad.

— Señora, contestó él, prométase placeres en sus paseos el hombre alegre y vigoroso: basta que la senectud obtenga reposo y tranquilidad. Para mí el mundo ha perdido su novedad: miro en derredor, y veo lo que recuerdo haber visto en mas felices tiempos. Me reclino contra el tronco de un árbol, y reflexiono que á la misma sombra disputé un dia

sobre la inundacion anual del Nilo, con un amigo que ya descansa mudo en la tumba. Alzo mis miradas, fíjolas en la inconstante luna, y medito dolorosamente acerca de las vicisitudes de la vida. He cesado de recrearme mucho en las verdades de la física; ¿qué importan unas cosas que en breve he de abandonar?

— A lo menos, observó Imlac, debe de seros grato el recuerdo de una vida intachable y útil, y el goce de la celebridad que todo el mundo os concede.

— La celebridad! exclamó suspirando el sabio. La celebridad es un vano fantasma para el anciano. No tengo madre que se alegre de la reputacion de su hijo, ni esposa que participe de los honores de su marido. He sobrevivido á mis amigos y á mis rivales. Ya nada tiene importancia para mí, puesto que no me es dado inspirar interés á nadie mas que á mí mismo. A la juventud se la contenta con aplausos, porque se la considera ansiosa de algun bien futuro, y porque el panorama de la vida es muy dilatado; pero para mí, que ya piso los umbrales de la decrepitud, hay poco que temer de la malevolencia de los hombres, y aun menos que esperar de su aprecio ó estimacion. Todavía pueden arrebatarme algo, al paso, empero, que no pueden darme nada. Seríanme ya inútiles las riquezas, y penosos los altos empleos. Al echar una ojeada retrospectiva sobre mi vida, recuerdo las numerosas ocasiones que he tenido de hacer bien y que he desperdiciado; recuerdo el mucho tiempo malgastado en fri-

VERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

volidades, y el mucho mas perdido en la pereza y la ociosidad. Dejo muchos grandes designios por realizar, y muchos grandes experimentos por concluir. Ninguna falta grave oprime mi alma, y disfruto de tranquilidad; procuro abstraer mis pensamientos de las esperanzas y temores que, si bien no ocultan su vanidad al juicio, todavía se esfuerzan en conservar su antiguo dominio sobre el corazon; espero con serena humildad la hora que la naturaleza no puede retardar mucho; y espero poseer en mejores regiones la ventura que aquí no puedo hallar, y la virtud que aquí no puedo conseguir.

Y el sabio se levantó y partió, dejando á sus oyentes no muy satisfechos con la esperanza de una dilatada vida. El príncipe se consoló, observando que no era razonable dejarse alucinar por tal discurso, puesto que la vejez nunca se ha considerado como la edad de la dicha; que si se puede vivir contento en la decadencia y debilidad, es probablemente porque habrán sido felices los tiempos de vigor y alegría, brillante el medio dia de la existencia, y apacible la noche.

La princesa sospechó que la vejez era quejumbrosa y maligna, y que se complacia en turbar las esperanzas de los que se hallaban en la florida vereda de la existencia. Habia visto á los príncipes y señores de estados mirar con envidia á sus herederos, y conocia á muchas personas que reconcentraban su alegría en el fondo de su corazon á fin de no comunicarla á nadie.

Pekuah conjeturó que aquel hombre era mas anciano de lo que parecia, é imputó sus quejas á la debilidad de la vejez; ó bien supuso que habia sido desgraciado, y que esto le amargaba: «Pues nada mas comun, decia, que llamar condicion de la vida á nuestra propia condicion.»

Imlac, que no queria mortificarles, se rió de los consuelos que tan pronto habian hallado, y recordó que á la misma edad tambien estaba seguro de una pura prosperidad, y era fecundo en recursos consolatorios. Dejó, pues, de inculcarles máximas desagradables que pronto leerian en el libro de la experiencia. La princesa y su favorita se retiraron pensando en la locura del astrónomo, y desearon que Imlac ejerciera sus funciones para que á la mañana siguiente retardase la salida del sol.

CAPÍTULO XLVI.

Nekayah y Pekuah visitan al astrónomo.

La princesa y su favorita hablaron privadamente del astrónomo de Imlac, y hallaron su carácter tan bueno y á la vez tan extraño, que desearon conocerle mas de cerca, y pidieron á Imlac que buscase los medios de presentarlas al regulador de las estaciones.

No era muy fácil.

El filósofo no habia recibido nunca visitas de mujeres, aunque viviese en una ciudad donde por cierto no escaseaban

los europeos, que seguian las costumbres de sus países, y gentes de las demás partes del mundo que vivian á la europea. Las dos amigas deseaban verle á todo trance, y propusieron varios medios para realizar su designio.

Acordóse introducirlas en el retiro del sabio, como extranjeras sin recursos, para quienes era siempre accesible; pero despues de algunas reflexiones, surgió la objecion de que con este artificio no trabarian amistad, pues su conversacion seria breve, y no les seria dado molestarle con frecuencia, sin traspasar la valla del decoro.

—Es verdad, dijo Raselas; pero aun se me ocurre una objecion mas poderosa contra la ficcion de vuestro estado. Constantemente he tenido por una traicion á la gran república del género humano el explotar las virtudes del hombre para engañarle, sean ó no graves las circunstancias. Toda impostura debilita la confianza y enfria la benevolencia. Cuando el sabio descubra que no sois lo que pareceis, tendrá el resentimiento natural en un hombre que, convencido de sus grandes talentos, ve que ha sido burlado por capacidades inferiores á las suyas; y tal vez el recelo que despues no podrá nunca deponer enteramente, cerrará los labios del consejo y la mano de la caridad. ¿Dónde hallareis luego la facultad de restituir sus beneficios á los hombres, ó su paz á él mismo?

Nadie intentó replicar á esas palabras, é Imlac empezó á esperar que su curiosidad se desvaneceria; pero al dia siguiente Pekuah le dijo que ya habia hallado un buen pretexto para visitar al astrónomo, esto es, que ella solicitaria el favor de continuar bajo su direccion los estudios en que el árabe la iniciara, y la princesa podria ir con ella, ya como condiscípula, ya porque no era decoroso ir una mujer sola á la casa del sabio.

—Creo que pronto se cansará de vuestra compañía, contestó Imlac: á los hombres muy adelantados en las ciencias y artes, no les gusta repetir los elementos de ellas, y se me figura que ni aun comprendereis los elementos, si los enlaza con consecuencias y los mezcla con reflexiones.

—Eso corre por mi cuenta, dijo Pekuah; solo te ruego que me acompañes allá. Tal vez mi inteligencia es mas clara de lo que presumes, y si me conformo siempre con su opinion, haré que la crea mas profunda de lo que es.

Adoptada ya la resolucion, díjose al astrónomo que una dama extranjera que viajaba para instruirse, habia oido hablar de su reputacion y deseaba ser su discípula. Esta extraordinaria proposicion excitó la sorpresa al paso que la curiosidad del sabio; y cuando, prévia una corta deliberacion, consintió en admitirla, sintióse dominado por la impaciencia hasta el dia siguiente.

Las señoras se vistieron magníficamente y fueron presentadas por Imlac al astrónomo, que se alegró de ver que se le acercaban con respeto unas personas de tan espléndido porte. En el cambio de los primeros cumplidos, mostróse tí-

mido y cortado; pero cuando se regularizó la conversacion, recobró sus facultades y justificó el carácter que Imlac habia bosquejado. Habiendo preguntado á Pekuah el motivo de su aficion á la astronomía, oyó de sus labios la historia de su aventura en la pirámide y del tiempo pasado en la isla del árabe. Pekuah refirió su cuento con facilidad y elegancia, y el sabio quedó prendado de su conversacion. Esta recayó luego sobre la astronomía: Pekuah expuso sus conocimientos en la materia; considerola él como un prodigio de génio, y la suplicó que no desistiese de un estudio que tan felizmente habia empezado.

Repitiéronse las visitas, y las señoras eran cada vez recibidas con mayor atencion y amabilidad que antes. El sabio procuraba entretenerlas para que prolongasen sus visitas, pues conocia que sus propias ideas se hacian mas claras y luminosas en su compañía: las nubes del pesar se desvanecian progresivamente, mientras se afanaba por satisfacerlas con su conversacion, y se apenaba cuando al marcharse le dejaban entregado á sus añejas funciones de regir las épocas del año. La princesa y su favorita le oyeron hablar mucho en el transcurso de algunos meses, y no pudieron notar una palabra de que inferir si continuaba ó no en la manía de su empleo preternatural. Tendíanle lazos para hacerle caer en una abierta declaracion; pero él eludia fácilmente sus ataques, y por do quiera que le acosasen escapaba y abordaba otra materia.

Como quiera que acreciese la franqueza, invitábanle con frecuencia á la casa de Imlac, donde le distinguian con extraordinario respeto. El astrónomo empezaba paulatinamente á deleitarse con los placeres terrenales: iba temprano y volvia tarde; esforzábase en recomendarse con su asiduidad y condescendencia; excitaba su curiosidad sobre nuevas artes, para que solicitasen su compañía y sus lecciones; y cuando ellos hacian alguna excursion de recreo ó de investigaciones, pedíales el favor de acompañarles.

Por la prolongada prueba de su integridad y sabiduría, el príncipe y su hermana quedaron convencidos de que podian fiarse de él sin ningun peligro, y para que no concibiese engañosas esperanzas á causa de las atenciones de que era objeto, le enteraron de su dignidad y de los motivos de su viaje, pidiéndole que emitiese su opinion sobre la eleccion de vida.

—De las diferentes condiciones que á vuestros ojos ofrece el mundo, dijo el sabio, no me es dado deciros la que debeis preferir. Solo puedo manifestaros que yo la escogí muy mala. He invertido el tiempo en estudios sin experiencia, y esforzádome para entender ciencias cuya mayor parte no sirven sino remotamente á la humanidad. He comprado la sabiduría á costa de todos los placeres comunes de la vida; me he abstenido de la atractiva delicadeza de la amistad de las mujeres, y del venturoso trato de la ternura doméstica. Si obtuve algunas prerogativas sobre otros estudiantes, vinieron

acompañadas de temores, inquietudes y escrupulosidades; pero hasta he comenzado á dudar de la realidad de tales prerogativas, desde que mis ideas han variado á impulsos de una comunicacion mas íntima con el mundo. Mientras por algunos dias me he entregado á placenteras distracciones, me ha herido siempre el estímulo de creer que mis investigaciones me han precipitado al error, y que he sufrido mucho, y sufrido en vano.

Imlac se alegró al observar que la inteligencia del astrónomo iba despejándose, y resolvió robarle á los planetas hasta que olvidase su trabajo de gobernarlos, y el juicio recobrase su primitiva influencia.

Desde entonces el astrónomo fué recibido como á un amigo familiar, y participó de todos los proyectos y diversiones de nuestros fugitivos del *valle feliz*: su respeto le hacia atento, y la actividad de Raselas no le dejaba mucho tiempo libre. Siempre habia algo que hacer: se pasaba el dia haciendo observaciones que entretenian la conversacion hasta la noche, y por la noche se formaban planes para la mañana siguiente.

El sabio confesó á Imlac que desde que habia penetrado en el alegre tumulto de la vida, y dividido el tiempo entre las diversiones, veia que la conviccion de su autoridad sobre los cielos se desvanecia por grados, y empezaba á desconfiar mas de una opinion que nunca pudo probar á nadie, y que ya encontraba sujeta á variaciones, por causas en que la razon no tomaba parte alguna.

—Si se me deja solo por algunas horas, decia, mi inveterada persuasion se apodera de mi ánimo y avasalla mis ideas con violencia irresistible; pero pronto se emancipan cuando hablo con el príncipe, é instantáneamente recobran su libertad cuando se presenta Pekuah. Yo soy como un hombre que, habitualmente temeroso de los espectros, permanece tranquilo junto á una lámpara, y se admira del terror que en la oscuridad le hiela; pero que, si su lámpara se extingue, vuelve á sentir el pánico que sabe que cesará cuando sea de dia. A veces me espanta la idea de que favorezco mi sosiego con una incuria criminal, y olvido voluntariamente el grande empleo que se me ha conferido. Si me apoyo á mí mismo en un error manifiesto, ó solo atiendo á mi comodidad en una cuestion dudosa y tan importante, ¡cuán horrible es mi crímen!

—Ningun achaque de la imaginacion, contestó Imlac, es tan difícil de curar, como el que se complica con el temor de delinquir. Entonces la imaginacion y la conciencia nos dominan alternativamente, y se relevan con tanta frecuencia, que las ilusiones de la una no se distinguen de los preceptos de la otra. Si la imaginacion presenta imágenes inmorales ó irreligiosas, el alma las rechaza cuando la disgustan; pero cuando las ideas tristes toman la forma del deber, se apoderan de las facultades, sin oposicion, porque tememos excluirlas ó desterrarlas. Por eso las supersticiones son con frecuencia tristes, al paso que la tristeza es casi siempre supersticiosa.

Pero no consintais que las sugestiones de la pusilanimidad esclavicen vuestro entendimiento: el peligro de la dejadez es segun la probabilidad de una obligacion que hallais muy pequeña cuando la considerais con independencia; y esta pequeñez sube de punto cada vez mas. Abrid vuestro corazon á la influencia de la luz que de cuando en cuando os ilumina: si os importunan los escrúpulos cuya vanidad conoceis en vuestros momentos lúcidos, no os detengais en conversaciones, sino volad al trabajo, ó al encuentro de Pekuah, y guardad siempre fijo en vuestra memoria este pensamiento: que solamente sois un átomo de la masa de la humanidad, y no teneis virtudes ni vicios que os distingan para merecer favores ó desprecios.

CAPÍTULO XLVII.

Entra el príncipe y cambia la conversacion.

—Con harta frecuencia he reflexionado sobre todo lo que acabais de decir, contestó el astrónomo; pero como há tanto tiempo que una idea incontrastable y opresora subyuga mi entendimiento, este no se atreve á confiar en sus propios juicios. Ahora discierno cuán fatalmente he vendido mi reposo, permitiendo que vanas quimeras me tengan secretamente esclavo; pero la tristeza huye de la comunicacion, y nunca hallé á un hombre á quien participar mis inquietudes, por

mas cierto que estuviese de recibir consuelos. Me alegro de que vuestras opiniones confirmen las mias, pues vos no os engañais fácilmente, ni teneis motivo ni intencion de engañar á nadie. Yo espero que el tiempo y la mudanza disiparán la tristeza que durante tanto tiempo me ha oprimido, y que el resto de mi existencia se deslizará pacíficamente.

—Vuestro saber y vuestra virtud, repuso Imlac, pueden inspiraros justas esperanzas.

En esto entró Raselas con la princesa y Pekuah, y preguntó si habian discurrido nuevas diversiones para el dia siguiente.

—Es tal la condicion de la vida, dijo Nekayah, que nadie es feliz sino con la anticipacion de la mudanza; la mudanza en sí no es nada, y cuando la efectuamos, el siguiente deseo es variar otra vez. El mundo aun no está exhausto de novedades para mí: vea yo mañana algo que no haya visto nunca.

—La variedad es tan necesaria á la dicha, contestó Raselas, que hasta el *valle feliz* me disgustaba por sus constantes placeres; pero no podia menos de reprocharme vivamente cuando veia que los frailes de San Antonio soportaban sin quejarse una vida, no de monótonas delicias, sino de penalidades monótonas.

—Aquellos hombres, observó Imlac, son menos infelices en su solitario convento, que los príncipes abisinios en su cárcel del placer. Todo lo que hacen los frailes reconoce un